

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

LOS AIRES DEL PRESAGIO

COMPILACIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

DE

RAFAEL ÁNGEL INSAUSTI

COLECCIÓN "RESCATE"

Apartado 2439

CARACAS

1960

LOS AIRES DEL PRESAGIO

V868.42

R175a

Q.2

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

LOS AIRES DEL PRESAGIO

COMPILACIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

DE

RAFAEL ÁNGEL INSAUSTI

COLECCIÓN "RESCATE"

Apartado 2439

CARACAS

1960

COLECCIÓN "RESCATE"
dirigida por
RAFAEL ÁNGEL INSAUSTI

VOLÚMENES PUBLICADOS:

La Colina de los Sueños
por PEDRO-EMILIO COLL.

Los Aires del Presagio
por JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE.

ITINERARIO

José Antonio Ramos Sucre, nacido en Cumaná en 1890 y muerto en Ginebra el año 1930, comenzó a darse a conocer desde la famosa revista El Cojo Ilustrado, con la versión del prólogo latino escrito por Chauveton para la Historia del Nuevo Mundo, de Benzoni. Lisandro Alvarado presentó al joven traductor con frases elegantes y sobrias.

Siguieron a esa versión algunas colaboraciones periodísticas donde su autor expuso, auxiliado por un estilo de contención, justeza y donosura envidiables, lo que pensaba sobre la originalidad, la herencia, la poesía, la democracia, el feminismo, la fuerza y el derecho; a ello añadió una observación de carácter jurídico sobre el contrato de venta. De esas primeras producciones, la referente a Whitmann es la que menos satisface y la que revela inseguridad de pensamiento.

Después de tales ensayos, que en realidad no lo son, pues aunque no los recogió en volumen ya ponen de manifiesto una indudable y temprana madurez literaria, vino

en 1921 el primer libro —Trizas de Papel—, en edición que pudiéramos llamar privada, porque Ramos Sucre la destinó íntegramente a sus solos amigos. El elogio de Humboldt se conoció en folleto, dos años más tarde; Cultura Venezolana se encargó también de difundirlo.

Trizas de Papel y Sobre las huellas de Humboldt pasaron luego a constituir, junto con un admirable panegírico de Ezequiel Zamora y varios poemas inéditos en prosa, un segundo libro, del año 1925. Su título —La Torre de Timón— recuerda el de otro libro, del cubano Fernando Lles, publicado en 1921: La Higuera de Timón.

El Cielo de Esmalte y Las Formas del Fuego, sus dos últimas obras, las hizo editar simultáneamente Ramos Sucre, un año antes de su muerte. No fueron acogidas con el entusiasmo y mucho menos con el dítirambo que tanto se prodiga en Venezuela. Irresponsabilidad frecuente en nuestros órganos de prensa, la de juzgar en materia que se ignora del todo, Cultura Venezolana —sin sospechar siquiera el valor lírico de esos libros— se limitó a afirmar que sus páginas no tenían ilación, y que en ellas el autor atendía, más que a la idea, a la forma como debía expresarla. Así andaba en punto a teoría literaria el crítico de aquella revista, innegablemente meritoria entre cuantas hemos tenido.

Suponen muchos que la producción de Ramos Sucre quedó enteramente comprendida en La Torre de Timón, Las Formas del Fuego y El Cielo de Esmalte. Los Aires del Presagio encierra, de consiguiente, una sorpresa, agran-

dada por la circunstancia de que en él hay todo un itinerario mental y emotivo, de que en él palpita una vida de escritor, con su mañana, su mediodía y su atardecer. Bajo ese título, que acaso hubiera sido del agrado de Ramos Sucre, se juntan ahora sus trabajos iniciales. Despunta en éstos una luz, o más bien un presentimiento de pura, de verdadera poesía. La traducción de poemas de Uhland, hecha directamente del alemán, confirma los felices pensamientos a que obligaba una iniciación tan clara y promisoría. El ataque a Leopoldo Lugones, a quien califica de sofista, atribuyéndole injusta y duramente una «erudición de revista y de manual», es de su época mejor y nos pone sobre el terreno de las convicciones políticas. Granizada dice del temperamento del autor, y de sus ideas en relación a la vida, la sociedad, los conocimientos humanos y la realidad circundante: filosofía del desencanto y de la absoluta soledad, sin noticias de la alegría ni del amor. En Residuo quedó vibrando el acento lírico de su angustia. A José Nucete Sardi, escritor y ciudadano de alta jerarquía moral, somos deudores de que ese poema haya llegado hasta nosotros. Las cartas tienen fuerza de testimonio insustituible, único, donde la tragedia desemboca de repente, como un oscuro soplo escalofriante: «Yo sufro infinitamente y los insomnios anulan mis facultades mentales.» «Los desórdenes nerviosos, mi desesperación, no han cesado todavía. Son muy singulares y me desconciertan por completo. Los insomnios siguen siendo horribles. Si estos fenómenos no desaparecen, habré caído en la desgracia más profunda. Perdería mis facultades mentales.» «Yo me siento herido de muerte.» Esas cartas las dirigió a un amigo; a uno que lo comprendió y estuvo cerca de él cuando, desde el lago que presencié la

dada por la circunstancia de que en él hay todo un itinerario mental y emotivo, de que en él palpita una vida de escritor, con su mañana, su mediodía y su atardecer. Bajo ese título, que acaso hubiera sido del agrado de Ramos Sucre, se juntan ahora sus trabajos iniciales. Despunta en éstos una luz, o más bien un presentimiento de pura, de verdadera poesía. La traducción de poemas de Uhland, hecha directamente del alemán, confirma los felices pensamientos a que obligaba una iniciación tan clara y promisoriosa. El ataque a Leopoldo Lugones, a quien califica de sofista, atribuyéndole injusta y duramente una «erudición de revista y de manual», es de su época mejor y nos pone sobre el terreno de las convicciones políticas. Granizada dice del temperamento del autor, y de sus ideas en relación a la vida, la sociedad, los conocimientos humanos y la realidad circundante: filosofía del desencanto y de la absoluta soledad, sin noticias de la alegría ni del amor. En Residuo quedó vibrando el acento lírico de su angustia. A José Nucete Sardi, escritor y ciudadano de alta jerarquía moral, somos deudores de que ese poema haya llegado hasta nosotros. Las cartas tienen fuerza de testimonio insustituible, único, donde la tragedia desemboca de repente, como un oscuro soplo escalofriante: «Yo sufro infinitamente y los insomnios anulan mis facultades mentales». «Los desórdenes nerviosos, mi desesperación, no han cesado todavía. Son muy singulares y me desconciertan por completo. Los insomnios siguen siendo horribles. Si estos fenómenos no desaparecen, habré caído en la desgracia más profunda. Perdería mis facultades mentales.» «Yo me siento herido de muerte.» Esas cartas las dirigió a un amigo; a uno que lo comprendió y estuvo cerca de él cuando, desde el lago que presencié la

amargura del postrer instante, lo llamaba el misterio con p erjida voz lírica de ola y de viento que decian el poema supremo, en el cual por fin la muerte le entregaba sus claves más ocultas. Sencillas, torturadas y exentas de intención literaria, las escribió a Luis Yépez, cuyo más fiel retrato es el que Ramos Sucre traz  con un solo rasgo, con unas pocas palabras, discretamente tristes: « He p rdido una persona aún, de alma generosa y t nica. » En las líneas apresuradas y breves de esas cartas, como en los poemas, se concentró el tormento de aquella vida corta y tan extra namente dramática, tan desasistida de toda esperanza y de toda ilusión.

Paris, marzo de 1960.

RAFAEL ÁNGEL INSAUSTI

IDEAS DISPERSAS SOBRE FAUSTO

IDEAS DISPERSAS SOBRE FAUSTO

¿Dónde nació su leyenda? Nadie podrá decirlo con precisión. En Alemania hay varios Faustos populares distintos del de Goethe. Existe el de Marlowe en Inglaterra, el Mágico Prodigioso en España; y por último, las almas cándidas y fieras de la Edad Media se divertían con narraciones cuyo protagonista era el hoy anacrónico diablo, burlado ingeniosamente por un individuo que con él había hecho un tratado. Lo mejor sería responder a la anterior pregunta: Supuesto que la humanidad es esencialmente una misma en todas partes, la leyenda nació en cualquier lugar donde hubiera hombres que sintiesen sed de sabiduría, ansia de placeres, nostalgia de juventud.

Debido a esta uniformidad de sentimientos en la raza humana sucede que el genio no crea el asunto de la obra maestra que lo inmortaliza y cuyos personajes son tipos permanentes y cosmopolitas. Más de un libro podría escribirse sobre los precursores de Dante; el argumento del Paraíso Perdido es el de una comedia italiana a cuya representación asistió Milton; algunos dramas

de Shakespeare fueron inspirados por narraciones novelescas o trágicas difundidas en su época. Esta falta de originalidad muy lejos de disminuir la gloria del genio la aumenta, haciendo notar la distancia que lo separa de la multitud. Además, el estilo de esos seres superiores es oscuro generalmente: circunda sus pensamientos una nube como a los dioses paganos.

La mayor parte de las obras maestras lo son de oscuridad y su lectura ordinariamente no aumenta la noción que de oídas habíamos adquirido acerca de ellas. Es natural que las enseñanzas de los genios sean enigmas; a nadie extraña que el caudal de agua caído desde muy alto sobre la tierra, la hiera profundamente y se envuelva en nieblas evanescentes. Con razón ha dicho alguien que lo claro es generalmente vulgar o que lo bello se presenta ataviado de una oscuridad y misterio que a unos causa inquietud, a otros respeto.

Este diferente resultado de lo desconocido depende del temperamento de cada cual. Una filosofía comenzaba sentando que para el hombre el misterio es un tormento; y Bacon al contrario pensaba que ante lo desconocido el hombre se rendía de buen grado, disminuyendo la audacia de sus investigaciones.

Esta diferencia en el sentir se debe imputar a que los escritores atribuyen a la humanidad sus opiniones, porque casi nunca se atreven a hablar de sí mismos y emplean en lugar del *yo* franco y odioso el *se* vago e impersonal.

En literatura la oscuridad del estilo contribuye a aumentar el número de los admiradores inconscientes que repiten y consagran con furor la opinión de unos pocos escogidos dotados de criterio o de audacia. Entre los hombres de escaso talento cuentan los autores célebres sus más decididos partidarios. Es sabido que cuando enfermó de aquella divina fiebre de antigüedad el espíritu humano, los retóricos que interpretaban a los autores antiguos atribuíanles en su entusiasmo de ignorantes, ideas que nunca habían tenido y bellezas que nunca habían pensado.

Todas estas reflexiones sugiere la lectura de la obra maestra de Goethe, reflexiones de aplicación general y variable. Alusiones no comprendidas, escenas indescifrables, comunicanle el misterio que prestigia los templos famosos, las religiones, las filosofías antiguas. En el libro me hallaba perdido como en un laberinto lleno de voces discretas, sombras temerosas, pasos quedos, cuando sirviómeme de guía el poeta francés de Nerval, a quien enfureció la locura sagrada de las pitonisas y malogró el mismo destino de Lucrecio. El oro de mucha belleza pasó por mi espíritu, oro fugaz que se convertía en una de las escenas del libro en mariposas y fuegos fatuos cuando era cogido por los espectadores que rodeaban el carro de Pluto, que pasaba derramando falaces riquezas.

En literatura la oscuridad del estilo contribuye a aumentar el número de los admiradores inconscientes que repiten y consagran con furor la opinión de unos pocos escogidos dotados de criterio o de audacia. Entre los hombres de escaso talento cuentan los autores célebres sus más decididos partidarios. Es sabido que cuando enfermó de aquella divina fiebre de antigüedad el espíritu humano, los retóricos que interpretaban a los autores antiguos atribuíanles en su entusiasmo de ignorantes, ideas que nunca habían tenido y bellezas que nunca habían pensado.

Todas estas reflexiones sugiere la lectura de la obra maestra de Goethe, reflexiones de aplicación general y variable. Alusiones no comprendidas, escenas indescifrables, comunícanle el misterio que prestigia los templos famosos, las religiones, las filosofías antiguas. En el libro me hallaba perdido como en un laberinto lleno de voces discretas, sombras temerosas, pasos quedos, cuando sirvióme de guía el poeta francés de Nerval, a quien enfureció la locura sagrada de las pitonisas y malogró el mismo destino de Lucrecio. El oro de mucha belleza pasó por mi espíritu, oro fugaz que se convertía en una de las escenas del libro en mariposas y fuegos fatuos cuando era cogido por los espectadores que rodeaban el carro de Pluto, que pasaba derramando falsas riquezas.

EL POETA DE LA DEMOCRACIA

Si se tiene en cuenta que la claridad de la frase anuncia la del pensamiento que expresa, muy indistintos han debido ser los del escritor angloamericano que fatiga con un desfile de ideas e imágenes para cuya expresión se dieron cita los más raros vocablos ingleses sumados a voces indias como rezagadas de la fuga ante la expansión yanqui. Indecisa pensaba la distinción entre la poesía y la prosa este raro poeta que tenía un propio concepto del arte y que debió producir la misma alarma causada por Rubén Darío en los países de lengua española, de quien se diferencia en haber sido el cantor del presente y de la democracia. Un escritor del culteranismo lo habría llamado antípoda del poeta centroamericano, cuyos versos han cantado muertas y aristocráticas grandezas.

No debió a aspiración de ciencia ni de gloria las arrugas que surcaron su faz a pesar de la alegría de vivir y de la satisfacción del presente, derivadas de su organismo firme heredado de antepasados holandeses. Desde niño se identificó con la naturaleza, por cuyos espectáculos

tenía la atención de Byron adolescente, el terror sagrado de los pueblos bárbaros. Al mar, en alta voz, como queriendo renovar los prodigios de Orfeo, leía versos de poetas inspirados y rudos, de quienes fue tan fiel discípulo que padeció siempre ausencia de conocimientos preparatorios, siéndole extrañas las reglas más elementales de la puntuación.

Cada uno de nosotros concibe un hombre perfecto y normal a cuyas cualidades trata de aproximarse. Tal modelo debía ser para Walt Whitman el herrero de la aldea descrito por Longfellow, y cuya vida se dividía entre el trabajo cotidiano, la asistencia puntual a los oficios religiosos y la meditación continua de la Biblia. Estas ocupaciones llenaban, asegura un viajero, la existencia de los americanos cuando nació el poeta; en las diversiones sociales reinaba una gravedad puritana: en el centro, formando en círculo, estaban las damas sentadas en sillas, detrás de cuyos espaldares rígidos permanecían de pie los caballeros estirados y fúnebres.

No tenía el culto de los grandes hombres, proclamado por los positivistas, tal vez porque su índole modesta se escandalizaba de las inteligencias y caracteres excepcionales. En su sentir ningún elogio habría enaltecido más que aquel «éste era un hombre», tributado al personaje shakespeariano. Por su afecto a la democracia sin selección cuyo triunfo sería el de las medianías, era adverso a Renán, justamente alarmado por la ascensión insolente de la muchedumbre.

A pesar de ser oriundo de Nueva Inglaterra, llamada la Grecia de los Estados Unidos por la producción de un escaso número de hombres de talento, no hizo esfuerzo porque ideales desinteresados sedujeran el espíritu de los modernos cartagineses y fuese satisfecha la aspiración de Heriberto Spencer, que los acusaba de infecundos por proponerse únicamente el bienestar material. Para señalar ese nuevo rumbo parecía autorizado por su estilo y aspecto de poeta: la faz ruda y venerable, la barba y los cabellos como si los hubiera puesto en desorden uno de aquellos vientos sagrados que trayendo en su seno cálidos alientos de desierto y rumores de oasis, animaban las aguas muertas de los lagos hebreos.

ESTIRPE PROCERA

La herencia es una fuerza de efectos inconstantes y tenaces. A negarla han sido inducidos algunos por lamentables degeneraciones que no se han tomado la pena de explicar imparcialmente. Ignorados vicios hereditarios pueden hasta anular la virtud a que debe su renombre alguna familia ilustre, y que conocidos servirán para confirmar la fatalidad de la fuerza que nos hace solidarios de nuestros antepasados. Toda contradicción desaparecería ante un examen detenido y justo.

Los defectos de uno de los progenitores pueden contrariar y sobreponerse a las virtudes del otro, una vez que los ha asociado el amor o el acaso demasiado eventuales. Muy raras veces habrá dictado esa unión un propósito de selección como el que se atribuye a los antiguos espartanos, de posible cumplimiento en sociedades organizadas de una manera militar y despótica.

Se ha creído por ciertos pueblos conveniente para la prosperidad de las familias dominadoras y para la íntegra conservación de sus caracteres, la reproducción

por el matrimonio de los parientes más cercanos, como ocurría entre los incas, hijos de matrimonios incestuosos. No observaban tan extremada conducta, sino más bien cruzaban la raza heroica con otras excelentes y extrañas, los bárbaros, vencedores del imperio romano, que eligiendo por jefe al más valeroso de los individuos de una misma familia, armonizaban el principio hereditario y el electivo.

Siempre que no se cumpla ese propósito de selección se hará difícil la persistencia de determinada virtud en una familia expuesta por el escaso número de sus miembros a confundirse y a desaparecer a cada paso en la muchedumbre circundante.

Al contrario, la general uniformidad de los caracteres hace muy frecuente la conservación y repetición del tipo primitivo en los pueblos numerosos o relativamente puros. Según Taine, los teólogos bizantinos reviven la sutileza y larga facundia de Néstor en la leyenda homérica; para Carlyle la paciencia del trabajador inglés tiene su explicación en el heroísmo sombrío del antepasado sajón, y por último, el francés actual es el galo descrito por el conquistador romano.

Nada más justo que la admiración por el raro espectáculo de una familia que ilustrada por individuos de mérito, muchas veces oculto, florece hasta agotarse ruidosamente con el genio. La historia hispanoamericana no cita más singular ejemplo de virtudes heredadas que

el ofrecido por la estirpe cubana de los Heredias. Este apellido ha sido el de sacerdotes virtuosos, el de magistrados íntegros y quizás también fue el de algún conquistador pirata y después fundador de ciudades. En el último siglo culminó la distinción espiritual en la obra de dos poetas de renombre latino.

Esta distinción espiritual en una familia parece favorecer la aparición del talento poético tantas veces seguido de la superioridad moral, que alguno se arriesgó a considerarla su condición indispensable. Podrían citarse los nombres de muchos poetas para quienes la vulgaridad fue el tormento de toda su existencia, que sucedieron a militares leales y a caballeros sin reproche, y que mejoraron, como aconsejados por Milton, su vida y su obra a imitación de las cosas laudables que ensalzaban. La divina facultad crece en mérito con la rareza que debe sobre todo a la escasa probabilidad de transmitirse. Su aparición es aleatoria, no estando asegurada por determinada ventaja orgánica como la de la aptitud para la pintura o la música, dependiente de una especial constitución del aparato visual o auditivo. En prueba de esa afirmación la historia no ofrece ejemplos de familias de poetas y cita en cambio muchas de pintores y de músicos.

Pueblos enteros casi siempre infortunados y errantes poseen esta última habilidad, a cuyo ejercicio prestan auxilio el recuerdo del hogar abandonado, el dolor del exilio perpetuo, las cuitas del desterrado que no tienen confidente.

Sorprende el advenimiento de los dos artistas del verso en una misma familia separados por el intervalo de un cuarto de siglo. El breve tiempo intermedio y la comunidad del nombre permiten que de uno a otro se continúe la dilatada reputación, aunque no la obra poética, que persiste siempre en el estado en que la deja el autor. Como el más joven no descendía del más antiguo, la insólita casualidad no da lugar a creer de la naturaleza que fue poco estricta en la observación de sus leyes ni de la ciencia que fue aventurada en sus afirmaciones terminantes.

El renombre de ambos artistas se dilata en momentos críticos para la suerte de su patria. Conmovía a ésta la simpatía por los pueblos hispanoamericanos sublevados y resueltos a la libertad o a la muerte, cuando floreció el poeta en lengua castellana. Ideas revolucionarias, que disimuló después, lo obligaron a una vida peregrina y tormentosa, extraviándolo, por desgracia, en la poesía patriótica y rebelde. El segundo presenció muy de lejos los sacrificios de sus compatriotas y tuvo tiempo para verlos premiados con el más ilusorio resultado. Esas desventuras no lo distrajeron de narrar en sus sonetos la peregrinación que por tierras y épocas lejanas realizó su fantasía, tan aventurera como el antepasado conquistador o como el normando de que descendía por su madre. Podría suponerse también que revivía la rigidez del cumplido magistrado en aquel esmero y corrección de la obra. Poeta y erudito, sería comparable a Leopardi si la debilidad constitucional le hubiera enfermado la fantasía, impidiendo la serenidad y juventud helénica de su producción.

Trasladada la familia eminente a un país de general y exquisita cultura, hay razón para esperar el advenimiento de otros intelectuales tan conspicuos. De tal modo podría ser incesante el perfeccionamiento en ese medio favorable, que acumuladas las cualidades mentales se llegara al mecanismo complicado del genio, probándose la veracidad de Goethe, para quien el hombre genial reúne las cualidades intelectuales dispersas en sus antepasados.

Tanto podría hacerse esperar ese hombre superior, que anulada la actividad militar por el triunfo del movimiento hacia la paz universal, quedase el espacio libre a la actividad benéfica o civilizadora comparable, según algunos, a la energía aventurera de otros tiempos. No deja de convenir en manos de los civilizadores la lira, el instrumento que ha de apaciguar siempre fierezas y levantar ciudades como en los remotos tiempos helénicos. Si la familia Heredia está destinada a la producción del hombre genial, éste podría ser algún vate de éstos que resumen una civilización o encauzan el tumulto de una época; podría esperar la decadencia inevitable con resignación orgullosa después de producir un gran poeta, a pesar de la escasa persistencia de esa aptitud literaria. Mayor motivo para esa orgullosa resignación si apareciera por misterioso designio en horas grávidas de porvenir, cuando la humanidad siente inquietud como de mar que prepara su latido gigante para próximas tormentas.

NI EL DERECHO NI LA FUERZA

A pesar de que prorrumpir en discursos edificantes a propósito de tal o cual fenómeno histórico es muchas veces tan acertado como protestar contra la perversidad de una inundación, numerosos escritores se han dado a la tarea de moralizar en la historia; unos han tenido atención únicamente para los hechos que manifiestan el triunfo definitivo de la fuerza, cuyas conquistas han calificado de estables; otros, por el contrario, sólo han encontrado firmes las situaciones adquiridas sin detrimento del derecho. Estos últimos, más generosos y optimistas, tal vez se proponían disuadir a sus semejantes de las prácticas violentas, haciendo de la historia un libro por el estilo de esos catecismos en ejemplos que con narraciones piadosas objetivan las enseñanzas de la moral cristiana. Seguramente con mayor facilidad han demostrado sus adversarios la victoria perenne de la fuerza; bastante razón tenía aquella escuela de economistas que consideraba el estado actual de la sociedad humana resultado indiscutible de la violencia. La mayor realidad de esta opinión ha hecho crecer el número de los que niegan los beneficios del derecho, especialmente

del que resuelve las cuestiones internacionales. Insensata negación ésta no sólo porque es imposible desconocer que con la creciente civilización y demás causas de perfeccionamiento humano va prevaleciendo el respeto a la justicia, sino porque también el examen atento de la historia prueba que ambas tesis —la de los apologistas de la fuerza y la de los apóstoles del derecho— distan tanto de la absoluta verdad que ambas son ciertas. La historia da para muchas demostraciones aunque sean contrarias. Estables han sido numerosas conquistas del derecho y otras tantas de la fuerza. Si de algún modo se puede explicar esa estabilidad no será alegando que fueron justas o violentas, sino más bien que fueron oportunas; acordes con las circunstancias y condiciones existentes.

COMENTARIOS A UN CRIMEN

En los últimos días ha aumentado el interés de los periódicos con el caso alarmante de Madame Caillaux. Esta señora se propuso castigar personalmente al autor de las injurias contra su marido, el Ministro de Hacienda de la República Francesa. Salió, pues, un día armada con un revólver a cumplir su resolución firme y espontánea. No la detuvo ni la consideración de la peligrosa responsabilidad que abrumaría a su marido, una vez perpetrado su proyecto. Presentóse decidida e implacable delante del procaz injuriador de su consorte y con raro desparpajo le descargó todo el fuego de su arma. Acorrió al escándalo mucha gente que gritando vituperios, completó contra los esposos Caillaux la obra de difamación emprendida por el reciente asesinado. Yo me figuró a la notable delincuente pálida y nerviosa, como una Lady Macbeth, en medio de la multitud agrupada que comenta sin cesar con gestos iracundos.

No faltará quien califique a la valiente dama de sufragista escapada hacia este lado de La Mancha, porque la acción es propia del encono de esas militantes

frenéticas. Por otra parte, quedarán convencidos de su injusticia los escépticos en punto de afecto conyugal. El asesinato cometido puede ser considerado como ejemplo de fidelidad elocuentísimo. Otros predecirán la necesaria frecuencia de actos parecidos en la conducta de la futura mujer emancipada, y hablarán de restaurar para la interesante madre del linaje humano desastrosos cautiverios y obsoletas disciplinas, predicando sin bastante autoridad contra el actual propósito de su liberación. Así pensando, pierden el tino esos retrógados, porque el nivel moral se eleva con la más suelta condición de la mujer.

Por primera vez ejerció ésta con libertad sus facultades en aquella hora de la Edad Media en que el perenne batallar absorbía la atención de los hombres, alejándolos de sus hogares largo tiempo. Al amparo de esas circunstancias surgió la caballería, la más alta presea de la dignidad humana, por cuyo enterramiento el noble Gobineau acusa a Cervantes de haber aplebeyado el mundo.

Por otra parte, emancipada la mujer, recupera la facultad que tuvo el organismo femenino en los orígenes de la vida: la de seleccionar los seres masculinos y fortificarlos en el curso de las generaciones por la acumulación de cualidades excelentes. De este modo alcanzó el macho la superioridad que en el hombre ha llegado a ser indiscutible, gracias al dominio que obtuvo sobre su compañera en momento determinado del desarrollo de la sociedad. Después de este momento ejerce el hom-

bre la selección de tal manera que ha ido acumulando en la mujer virtudes negativas, frágiles encantos, dotes miserables, que con el tiempo acabarán por convertirla en un ser parásito u ornamental. En los últimos diez siglos ha aumentado a favor del hombre la diferencia entre los sexos, sobre todo desde el punto de vista intelectual. De modo que continuada por más tiempo la absoluta postergación de la mujer, se llegaría al desastre fisiológico y sociológico de su parasitismo. El feminismo puede ser la reacción inconsciente del instinto de conservación alarmado.

EL CONTRATO DE VENTA

OBSERVACIÓN

Durante siglos fue extraña al contrato de venta la idea de trasladar la propiedad. El vendedor romano enajenaba los derechos que podía tener sobre la cosa. El antiguo derecho francés permitía vender por quien no fuese propietario. Como salvaguardia del comprador estaba allí la acción de saneamiento para el caso de consumarse la evicción. Antes de este momento la venta surtía todos sus efectos, y el comprador no podía ejercer ningún recurso.

El código civil francés vino a incorporar resueltamente en el contrato de venta la idea de enajenar la propiedad. Es cierto que dio del contrato una definición propia de la doctrina que aspiraba a suplantarlo, pero rectifica esa definición y excluye sus consecuencias en los artículos que siguen. Además, para disipar toda sombra de duda sobre el carácter traslativo de propiedad, expresa formalmente la nulidad cuando se vende la cosa ajena. Y la expresa en términos que la exhiben como de carácter absoluto, susceptible de ser invocada por el comprador y por el vendedor con igual razón. Pero la

jurisprudencia francesa, experta y positiva, creyó conveniente asentar con diestros argumentos que la nulidad en la venta de la cosa ajena es relativa y que favorece al comprador. Extrema su saña contra el vendedor de tal modo que le niega la acción de nulidad aun cuando vendió creyéndose propietario. Lo mismo hace el reciente legislador civil venezolano, reconociendo el crédito magistral que merece la jurisprudencia de aquel gran pueblo disertó.

Vista la argucia de la jurisprudencia francesa para imponer el carácter de relativa a una nulidad que lo tiene de absoluta por la redacción del precepto que la establece, y reconocida la consideración que puede merecer el vendedor, cabe preguntar si con mayor equidad y con menor esfuerzo no se hubiera logrado el mismo objeto de salvar al comprador. Tal hubiera acontecido si el legislador de ambas naciones, la francesa y la venezolana, hubiera definido correctamente la venta, como traslativa de propiedad mediante un precio, dispensándose de expresar la nulidad cuando se vende la cosa ajena. Llegado este caso, sólo el comprador habría invocado la condición resolutoria implícita en los contratos bilaterales. De modo que más simplificada la teoría de la venta, el comprador habría tenido dos acciones sucesivas: una inmediata, para resolver el contrato, y otra ulterior, para demandar el saneamiento en caso de evicción.

UN SOFISTA

El señor Leopoldo Lugones sigue molestando con su erudición de revista y de manual.

Enuncia últimamente sus ideas políticas, adoptando la arrogancia de quien publica vaticinios. Se limita a reproducir los delirios impertinentes y anticuados de Nietzsche. Confunde maliciosamente la democracia con el redil, y la trata con el desdén soberbio e ininteligente de un patricio de la antigüedad grecorromana. Recuerda los improprios de Theognis, el teroz oligarca de Megara, y la tesis autoritaria de Guizot, el odioso liberto, desagradoado con la Revolución Francesa. Desconoce que la democracia se dirige a suprimir la desigualdad artificial, y que es el único régimen capaz de provocar el advenimiento de la aristocracia individual, como término de la competencia llana y franca.

Niega rotundamente la eficacia de las ideas, y afirma que la inteligencia del hombre sirve tan sólo para la adaptación pasiva y que no pasa de mecanismo registrador, inepto para dirigir el curso de la vida. Heriberto Spencer no se habría expresado con más ingenuidad en 1860.

Lugones ve en el hombre la fiera sañuda y egoísta. Omite el sentimiento innato de la solidaridad, y toma al pie de la letra las metáforas guerreras de Darwin. Profesa una biología refutada.

Llega por este mismo camino a identificar el derecho con su cumplimiento o con la fuerza, olvidando que la noción primitiva de la justicia nace de la simpatía. Nos sentimos amenazados al presenciar el agravio inferido a nuestro hermano.

Las ideas políticas del señor Lugones sólo pueden medirse con sus opiniones de escrutador de Homero. Afirma que la caballería andante es la imitación de los héroes del ciclo troyano y, partiendo de tal premisa, no vacila en rectificar temerariamente al humanista Alfredo Croisset, a propósito de Diomedes.

Se encarniza puerilmente con el cristianismo, y lo apellida barbarie nazarena, usurpando el célebre adjetivo de Enrique Heine. Desestima que el ideal caballeresco se sustenta con la devoción a la Madre de Jesús, profesada de manera unánime por los paladines sobre-humanos. La Edad Media ignoraba perfectamente a Homero. El mismo Dante era ajeno del habla y de la civilización de los helenos, y los conocía a través de Virgilio.

GRANIZADA

I

—Leer es un acto de servilismo.

—El bien es el mal menor.

—La vida es un despilfarro.

—La vida es una afrenta; el organismo es una red de emuntorios.

—Vivir es morir.

—Dios se ensaña con los pobres.

—Dios carece de existencia práctica.

—Dios es el soberano relegado y perezoso de una monarquía constitucional, en donde Satanás actúa de primer ministro.

—La verdad es el hecho.

—La filosofía nos pone en el caso de que la insultemos.

—La ignorancia nos lleva derecho al escepticismo, que es la actitud más juiciosa de nuestra mente.

—La ciencia consta de los hechos y de su explicación. Esta última es variable y sujeta a error, pero no debemos preocuparnos, porque el error es el principal agente de la civilización.

—Las reputaciones impedirían el progreso si no existieran los murmuradores.

—El calificativo de sobresaliente aplicado a los escolares: etiqueta de borregos, presea de insignificantes, ruido de anónimos.

—El derecho y el arte son una enmienda del hombre a la realidad.

—Los modales sirven para disimular la mala educación. La urbanidad consiste en el buen humor.

—El cultivo del Libertador.

—La aristocracia de nacimiento es una autosugestión. Por eso, nadie cree en el linaje de otro.

—La democracia es la aristocracia de la capacidad.

—Los apellidos ilustres son patentes de corso.

—El dinero no sirve sino para comprar.

—Los burgueses se caracterizan por el miedo de aparecer como burgueses.

—Los intrigantes acostumbran una laboriosidad ostentosa.

—El trabajo es un ejercicio devoto que sirve a los desvalidos para ganar el reino de los cielos.

—La gramática sirve para justificar las sinrazones del lenguaje.

—Las palabras se dividen en expresivas e inexpressivas. No hay palabras castizas.

—Un idioma es el universo traducido a ese idioma.

—Es buen escritor el que usa expresiones insustituibles.

—Los escritores se dividen en aburridos y amenos. Los primeros reciben también el nombre de clásicos.

—Las personas de temperamento clásico elevan el caso a ejemplo y el ejemplo a regla.

—Lo único decente que se puede hacer con la historia es falsificarla.

—La historia no sirve sino para aumentar el odio entre los hombres.

—Hay que desechar la historia, usar con ella el gesto de la criada que, al amanecer de cualquier día, despide con la escoba el cadáver de un murciélago, sabandija negra, sucia y mal agorera.

—Los godos son zurdos.

—Dos médicos no pueden mirarse a la cara sin reírse.

—Es posible calificar los pueblos conforme las interjecciones de que se valen. Los romanos eran unos sandios; se animaban con interjecciones inexpresivas: io, eheu, papae.

—Los norteamericanos son alertos inventores. Descubrieron que el vestido tiene por objeto vestir al hombre, en vez de oprimirlo o disfrazarlo. La adopción del cuello flojo es otra victoria de la república sobre el antiguo régimen, una amena lección de Benjamín Franklin al acompasado cortesano de Versalles. Aquel filántropo no descansaba en servicio de sus semejantes después de inventar el pararrayos.

—El concubinato merece bien de la república. Ha acelerado la fusión de las razas venezolanas.

—En Venezuela no hay ni puede haber conflicto de razas, porque la gente de color aspira a ser blanca.

—La familia es una escuela de egoísmo antropófago.

—El matrimonio es un estado zoológico.

—El matrimonio es el camino por el cual dos personas llegan más fácilmente a odiarse y a despreciarse.

—El matrimonio: azotes y galeras.

—Enamorarse es una falta de amor propio.

—Un hombre se casa cuando no tiene otra cosa de que ocuparse.

—Marido y mujer: ¡cómplices!

—La humanidad es una reata de monos.

—Los hombres se dividen en mentales y sementales.

—Las mujeres se dividen en bellas y feas.

—Las mujeres son botín de guerra.

—Gedeón se toma el trabajo de enamorar a la mujer con quien se casa.

—Gedeón quiere a su esposa.

—Los clérigos abominan la mujer, agente de la naturaleza herética.

—Las señoras son los alguaciles de la burguesía dogmática y panzuda.

—Todo varón debe ignorar y maldecir la literatura. Leerla es una dispación digna, a lo sumo, de las odalisacas mentirosas y de los eunucos perversos del harem.

—Dostoyewski predicaba la religión del sufrimiento. ¡Cuidado con escuchar a ese ruso anómalo! Fundemos, por fin, la religión de la dignidad humana, una religión inteligible y barata, sin clero ni altar.

—Los cándidos entienden que el amor de una mujer puede constituir el premio de un esfuerzo heroico o de una vida meritoria. No observan que un aventurero o un insignificante conseguirían el amor de esa misma mujer.

—El adulterio es delito forzado como el contrabando. Sirve para subsanar las situaciones tiránicas nacidas del matrimonio de conveniencia. Restablece la sinceridad en la elección.

—La amistad es una capitulación de la dignidad.

—La falta de escrúpulo es el sucedáneo de la energía.

—La fortaleza es la desesperación aceptada.

—El lenguaje no consiente sinónimos, porque es individuante como el arte. Dos palabras, equivalentes en el diccionario, no pueden usarse la una por la otra en el discurso.

—Las Islas Británicas sufren la plaga del *snob*. Sus literatos han inventado, para combatirla, una manera especial de sentir y de expresarse, denominada *humour*.

—El feminismo es una pretensión de la mujer a justificar lo gastado en su crianza.

—Es superfluo hablar mal de la gente.

—La aristocracia no se da en la especie humana.

—La hospitalidad es una virtud de pueblo bárbaro.

—Los hombres deben pagar el privilegio de haber nacido varones.

—El orgulloso se compara con el ideal de la perfección y el vanidoso se compara con los demás hombres.

—El elogio no contenta sino a los seres abyectos. Equivale a una gracia o licencia. Al aceptarlo, confesamos la soberanía de los demás.

—La palabra cosmético resume la vida y la obra de Oscar Wilde.

—La mujer es la madre de la nación.

—Las mujeres mandan en las fiestas de sociedad. Las inventaron al darse cuenta de que el varón se abstiene de maltratarlas en público. La invención es relativamente moderna. Los antiguos no conocieron semejantes funciones de fantoches.

—El mal es un autor de la belleza. La tragedia, memoria del infortunio, es el arte superior. El mal introduce la sorpresa, la innovación en este mundo rutinario. Sin el mal, llegaríamos a la uniformidad, sucumbiríamos en la idiotez.

—La frivolidad es un elemento de la belleza literaria. Todo lo que enseña es feo.

—El aristócrata necesita prestancia. La fealdad de la raza estorba de modo sensible el florecimiento de una aristocracia en Venezuela.

—Cierta caridad, la del soberbio, es simultánea con la envidia. Una persona maldice la prosperidad de su igual, censura, cuando menos, al prójimo de su misma línea y abraza y regala al humilde.

—El tiempo es una invención de los relojeros.

—Horacio es una áurea mediocridad.

—La gloria no es aristocrática. Es el veredicto de la humanidad, el asentimiento de un aquelarre de loros.

—La virtud es el sacrificio de sí mismo. Difiere esencialmente de la austeridad y de su cómplice la fealdad.

—Un olvido de Hamlet: tal vez hay necesidad de practicar el mal para ser respetado, para vivir en medio de nuestros semejantes.

—El autómatas inglés, empedernido en la imitación, catedrático de elegancia adocenada, títere formal, abastece de mímica al género humano. La corrección es su ideal hipócrita.

—Una lengua carece de existencia propia. Al lado del idioma abstracto, general e impersonal, recogido en los léxicos rezagados, existe el idioma singularísimo de cada artista del verbo y el idioma convenido de cada gremio de profesores o de oficiales.

—Es muy fácil descubrir los defectos porque toda cualidad es necesariamente un rasgo característico, esto es, un límite.

—La cobardía, el atrevimiento con el desvalido, es el rasgo esencial de la criatura humana.

—El hombre ha inventado el símbolo porque no puede asir directamente la realidad.

—Dios es la ley primordial del universo. Es, por consiguiente, inflexible.

—La explicación debe ceñirse al fenómeno. Un hombre de juicio escasea la regla general y proscribire las causas latitudinarias, holgadas, capaces de explicar demasiado. La sociología es el arte monótono de negar el progreso voluntario, citando causas informes, de efecto conjetural o equívoco.

—La sociología es la torre de Eiffel de la estupidez.

—El sacrificio rescata el oprobio de la vida.

II

—La incertidumbre es la ley del universo.

—La literatura siempre merece elogio. Es cuando menos un derivativo; el sujeto que la ejerce podría molestarnos con otra actividad más deplorable.

—Puede concebirse una moral naturalista, fundada en el instinto de conservación. No se trata aquí de un instinto de conservación feral, sino de un instinto de conservación humano, convertido al culto de la dignidad propia y al respeto de la ajena.

—La timidez es de buen tono.

—La sociedad aprovecha con los grandes hombres menos de lo que pierde con la calamidad de sus descendientes.

—La sociología es un capítulo de la psicología, porque los seres racionales se determinan en virtud de razones.

III

—Novio de origen alemán, insípido e hipnótico.

IV

—La fama no es sino el voto de la muchedumbre.

V

—La democracia en el Estado y la aristocracia en la familia.

—La grandeza de los héroes falsos y de forja sube con el cercén de los méritos ajenos.

—La historia convenida y ortodoxa, catecismo de urbanidad y de modales correctos, se ensaña con el original y el cismático, y prodiga sus palmas al adocenado.

VI

La libertad no es sino el cumplimiento de la ley dictada en interés general.

RESIDUO

Yo decliné mi frente sobre el páramo de las revelaciones y del terror, donde no se atreve el rocío imparcial de la parábola.

Salí a una ciudad ilustre y las vírgenes cerraban su ventana al acento de mi laúd siniestro.

Una forma casta, de origen celeste, depositaba en mis cabellos su beso glacial. Acudía a través de mi sueño de proscrito, a mi cama de piedras, fosa de Job, abismo de dolores de Leopardi. ¿Se habrán lastimado sus pies de azahar?

Un árbol, emisario de la tormenta, azota el horizonte con su rama desnuda en el curso del día monótono. Mi voz te ha ahuyentado de mi duro camino, ave procelaria, cenit de la cúpula del cielo.

Ginebra, marzo de 1930.

LUIS UHLAND

Luis Uhland fue uno de los más eximios poetas del siglo XIX. Un crítico sagaz lo opone al acerbo Henrique Heine, por el carácter contrario de su poesía tierna y apacible; y luego explica de este modo el origen de sus respectivas inspiraciones: por el halago del vino depuso su gravedad Euterpe, y se transformó en bacante. Bajó enloquecida a la tierra, y con un beso comunicó inspiración malsana a un adolescente, que fue después el desdichado Henrique Heine. Al recobrar su serenidad, la musa quiso compensar el influjo de su acción funesta, infundiendo con otro beso y en otro mortal un soplo benéfico. Entonces bajó al país de Suabia, y agració a Luis Uhland con el don de una poesía feliz.

TRADUCCIONES

DEL ALEMÁN
POEMAS DE UHLAND

LA SERENATA

¿Para qué me despiertas con dulces sonidos?

¡Oh madre, ve quién puede ser a hora tan avanzada!

—Yo nada oigo, yo nada veo, vuelve a dormir, hija. Nadie te trae serenatas nocturnas, porque eres miserable y enferma.

—Siento que no son músicas terrenas las que turban ahora mi sueño, me llaman con cánticos celestes los ángeles. ¡Oh madre, adiós!

LA VIDA DE LOS MUERTOS

Lejos de ti, soy como un sepultado; no me halagan las auras primaverales; ni el canto de la alondra ni la luz del sol me resucita.

Cuando los vivos se entregan a dormir y los muertos se levantan de sus sepulcros, yo voy como en un sueño sobre los abismos y sobre las cumbres que tanto me alejan de ti.

Y atravieso el jardín prohibido y fuerzo las puertas herméticas, y llego al santuario de tu hermosura.

Si te espanta mi hálito de difunto, tierna flor, piensa que mi amor te protege. Pero ya desaparezco... los gallos rompen a cantar.

EL RAMILLETE

Como las flores tienen propios significados, y así el mirto indica el amor, el laurel la fama, el ciprés el dolor y el no-me-olvides la fidelidad; y como, por otra parte, los colores simbolizan las pasiones humanas, de tal modo que el orgullo y la envidia tienen su emblema en el amarillo y la esperanza en el verde; yo hago irrupción en mi jardín y cojo flores de todas especies y colores para ofrendártelas en silvestre ramillete. Con él te habré hecho la mejor ofrenda, habré puesto en tus manos la fama y la esperanza, los dolores y las pasiones que constituyen mi vida.

ELEGÍA A UN CURA DE ALDEA

Si está permitido a los espíritus de los muertos volver de nuevo a su morada terrenal, el tuyo no regresa en las noches tétricas en que vigilan la pesadumbre y la nostalgia. No; pero en las mañanas de verano, cuando ninguna nube viaja por el azul celeste y están las mieses altas y doradas, regresa tu alma y recorre la campiña saludando con un beso a cada campesino, como lo hacías tú mismo en otro tiempo.

DEL LATÍN
POLÍTICA INDIANA

La *Historia del Mondo Nuovo* de Jerónimo Ben- zoni, por razones fáciles de comprender, no ha sido nunca traducida al español, pero sí al fran- cés, al italiano, al alemán, al flamenco y al latín. La misma suerte ha tenido una parte de las obras de Fray Bartolomé de Las Casas, que en muchas lenguas europeas se conoce, menos en castellano. Convinieron una vez el inolvidable poeta Gabriel Muñoz y el que esto escribe, en traducir la edición latina de Benzoni al español; pero la Muerte dis- puso las cosas de otra manera, y a poco de esa resolución el buen Gabriel se adelantó en el viaje que aún espero, y los venezolanos de hoy día no cono- cemos a Benzoni sino por la versión latina de Chauveton, dedicada al calvinista francés Teodoro de Beza, al dialéctico temible del coloquio de Pos- sy. El *ex-libris* que poseo perteneció a Muñoz.

Débese la traducción que luego se verá del pre- facio latino al estudioso joven José Antonio Ramos Sucre. Las ideas de Chauveton respecto de la polí- tica española en las Indias Occidentales, son tanto más dignas de consideración cuanto que él fue también traductor de Oviedo, el adversario de Las Casas.

LISANDRO ALVARADO.

A LOS CRISTIANOS Y PÍOS
LECTORES, SALUD

Puedo confesar haberme sucedido en este insignificante escrito lo que al principio de su gran obra dice Livio, brillante historiador romano: que él al investigar los antiguos hechos y primitivos orígenes del pueblo romano, apartaba su mente de la consideración de los males que durante muchos años vio su siglo. Así yo, trabajada Europa de guerras durante mucho tiempo, buscando consuelo a las desgracias y descanso al espíritu, deseé muchas veces el retiro y apartamiento de lejano país donde pudiera vivir no sólo lejos de la contemplación de tantos delitos sino también de toda noticia y fama. Por tanto, no viendo ningún lugar tranquilo, al fin me traslado con todo el espíritu a la que llaman nueva India, como continente extraño a guerras. Y allí me invitaban especialmente muchas cosas: Montes de oro y ríos que lo arrastran en sus aguas, el admirable clima, las nuevas especies de frutos y de aves, la simpli-

cidad ruda y primitiva de los hombres, mar fecundo en perlas, tierra repleta de piedras preciosas; por último, riquezas de que más habla la fama que la observación, cosas todas que examinar sería grato al ánimo, pero ante todo la paz, la quietud y el disgusto de nuestras costumbres.

Apenas trasladado allí, como he dicho, a primera vista todo aquello me agradaba no sin fundamento. Pero puesto mi ánimo a la consideración de aquellas maravillas fue muy otro el aspecto de las cosas. Proscritos los indígenas y hostiles a los cristianos, destruidos los montes y casi vacíos de oro, exhaustas las aldeas, triste y espantosa soledad por doquiera, los bárbaros esclavos o temiendo serlo de quien ni de nombre habían conocido antes, cruentas guerras de ellos con los nuestros y las calamidades que son su consecuencia. En fin, encontré allí todos nuestros vicios: la crueldad, la lujuria y la avaricia. Entonces me pregunté: ¿me será dado conocer y examinar las causas de esa situación? Deseoso de saber recurro a los historiadores españoles, hojeo sus libros. Allí encuentro maravillas: países domados en una o dos batallas, reinos antes tomados que atacados, victorias de los españoles sobre los bárbaros, triunfos insignes si no fueran debidos a los caballos, en fin, se diría tantos Escipiones o Alejandros como capitanes españoles guerrearon en aquellas tierras. En verdad no negara la gloria a los dignos si ellos hubieran puesto límites a su crueldad y los escritores a las alabanzas. Nada diré de sus delitos y escándalos sino parcamente. Respecto de los bárbaros casi todo empeora, ya que la

ignominia, como las demás calamidades, sigue casi siempre a los vencidos.

Pero extrañaba primeramente por qué aquellas tierras no habían sido recorridas más bien en paz que en guerra: de dónde y qué principio habían tenido las guerras de los indios con los españoles, más aún, qué causas de división pudo haber entre ellos, donde no había ninguna ambición de riquezas, ninguna emulación ni deseo de honores, origen frecuentísimo de pendencias entre los hombres. En fin, por qué hubiesen querido experimentar a los españoles más con la injuria que con el beneficio, ya que de ellos habían recibido no sólo muchos recursos de subsistencia y costumbres honestas sino también la religión junto con las letras, cosa rara entre los bárbaros. Por lo cual primero atribuía esto a cierta agreste ferocidad y a un carácter enemigo de toda sociedad que, como en algunos animales, no pudiera ser domado por beneficio alguno.

Investigando yo esto, viene a mis manos precisamente Benzoni, que, quitándome el error de las anteriores opiniones, desató los nudos que me trababan, y reveló la verdadera causa de aquellas desgracias. Éste escribió en italiano lo que durante catorce años había visto en gran parte de la India Occidental, con admirable brevedad, pero sin omitir nada digno de saberse, o si algo falta, lo hemos llenado nosotros de algún modo. Y aun sin compararlo con los demás, descubrí que difería mucho de ellos por sólo tratar éstos de los sucesos, mientras que él investiga las causas que los otros callan

muchas veces dolosamente, y no narra, como la mayor parte, lo que oyó a otros, sino lo que él mismo vio y exploró, de donde resulta mayor autoridad al testimonio y mayor fe al escritor.

Habiendo leído cuidadosamente a este autor, empecé a sospechar de aquellos escritores como demasiado favorables y halagadores de la gloria de los suyos, y a entender fácilmente (lo que revela el asunto mismo y que comprendieron los indios no menos por su razón natural que por la experiencia) que los españoles habían navegado a aquellas regiones para difundir la religión cristiana por la palabra, pero en verdad, para fijar su dominación en esas provincias sometidas, es decir, que pusieron un especioso pretexto a su avaricia y deseos depravados.

Pero vale la pena conocer este asunto, no tan sólo por mis palabras como por sus hechos. Así, pues, en someter aquellos pueblos y regirlos después de sometidos, se condujeron en gran parte hasta tal punto que ejecutando otra cosa de la que habían manifestado, más probaban ser discípulos de algún Dionisio o de Maquiavelo que de Cristo.

Vamos a comparar algunas decisiones de Maquiavelo con los hechos de los españoles, que tienen tal relación que pudiera creérselos salidos de su escuela o que de sus preclaros delitos en Italia había tomado aquél sus enseñanzas. Aconseja Maquiavelo en aquellos comentarios en que educa más bien a un tirano que a un príncipe que,

aun cuando no se adore a Dios con el alma, se debe aparentando piedad conciliarse tal fama entre los hombres. Parece que esto no lo aconsejó Maquiavelo más perniciosamente que lo cumplieron los españoles entre los indios. Nada más fácil que persuadir de esto a las inteligencias rudas de los bárbaros, que plenos de admiración por aquella gente nueva y extranjera, creían de ella todo lo espléndido por absurdo que fuese. A los españoles, que habían puesto como pretexto de sus expediciones la promoción de la gloria divina y del nombre cristiano, y que continuamente decían ser hijos del Supremo Dios, dióseles tanta fe que aquellas gentes fueron persuadidas de que también habían descendido del cielo, hasta que las circunstancias mismas y sus hechos refutaron esa vanidad.

Entre tanto los españoles empezaron a abusar de tal manera de la credulidad de los bárbaros, que la esperanza de salud que ellos abrigan (ciega y sin fundamento, pero sin embargo esperanza) la convertían en desgracia de aquellos míseros y en provecho propio. Citaré un ejemplo: Desde que en la Española e islas vecinas faltaron a los españoles operarios indígenas para el trabajo de las minas, determinaron buscarse esclavos en las Lucayas, que están cerca de Cuba hacia el Norte. En lo cual usaban de maravilloso arte y de su acostumbrado disfraz de piedad. Como confiasen aquellos hombres sencillos y nada malignos que expiados sus pecados por el frío de la región setentrional emigrarían a ciertos campos eliseos que suponían situados al Mediodía, los españoles llegaron en sus naves y los persua-

dieron de que ellos habían venido para llevarlos a aquella feliz residencia. Así llevaron para las minas de oro sus navíos llenos de aquellos desgraciados atraídos por una vana esperanza y que tenían por cierto que eran llevados a algún ameno paraíso. En capturas de esta especie fueron llevados 50.000 hombres y se destruyó casi toda la raza de los lucayenses. Tan religiosos eran aquellos españoles, que no querían colocarlos en el paraíso sin haberlos llevado antes al Purgatorio. Pero veamos el resto.

Aconseja Maquiavelo que no puede mantenerse mejor sometido un país o campo recién tomado que, si introduciendo nuevos colonos, se expulsen los antiguos habitantes, o que si consumidas sus riquezas sean oprimidos de modo que de ellos no pueda temerse ninguna rebelión ni violencia. Esto también ha sido hecho hábilmente por los españoles. Así pues, ocuparon aquellas tierras (con qué título y derecho ellos habrán visto) de modo que no sólo impusieron colonias y fortalezas a aquellas gentes vencidas sino que las obligaron a fabricar estas cadenas con sus propias manos. Y no bastó esto, pues habiendo expulsado de sus mansiones y de sus campos con intolerable crueldad a los indígenas o agobiado de trabajos a los que tenían esclavos, no dejaron en la mayor parte de los lugares a ninguno de los antiguos habitantes, en muchos lugares dejaron poquisimos y en todos, en fin, indios tan pobres y humillados que no tenían de ellos la más mínima rebelión. Testigos de esta tiranía son Española, Cuba, Jamaica, San Juan de Puerto Rico y las islas Guanoxias, en las cuales

apenas quedan hoy 500 ó 600 indios de los 4.000.000 que en otro tiempo las habitaban. Tanto supera la avaricia los destrozos de las guerras.

Y casi ninguna gente veo hoy a quien convenga con más justicia lo que según escribe Tácito, reprobaban una vez los britanos a los romanos: Ladrones del mundo, luego que faltaron tierras a sus piraterías, escudriñan el mar; si el enemigo es rico, son avaros; si pobre, ambiciosos; no los saciaría Oriente ni Occidente, desean de igual modo la riqueza y la pobreza del suelo, quitan, roban, matan, dan un falso nombre al dominio, y cuando causan devastación llaman eso paz.

El mismo maestro de los tiranos ordena que de ningún modo puede someterse mejor una ciudad o provincia que llenándola de malas costumbres; de ese modo Ciro, aconsejado por Creso, sometió a los lidios más que con las armas. Esto nos lo ha mostrado mejor Maquiavelo con sus escritos que los españoles con sus hechos. Es común vencer y enervar por la embriaguez a los bárbaros no acostumbrados al vino, atentar contra el pudor de sus mujeres y doncellas, de donde se ha esparcido por Europa y el mundo el mal índico (sífilis); también han enseñado a los hijos de los indios que han tomado para doctrinar, a jurar, a blasfemar el nombre de Dios, a jugar, robar, mentir, a darse a la deshonestidad y a manejar puñales. Esto no ha sido gratis, pues en cambio de las perlas, el oro, la libertad y demás bienes que tomaron a aquellas gentes, les dejaron sus vicios. En lo cual sucede que comparando según su natural juicio los

preceptos divinos aprendidos de los españoles con sus hechos y ejemplos, condenen gravemente sus delitos y escándalos, de modo que los bárbaros los llaman a juicio.

Además aconseja Maquiavelo que de ningún modo se mantiene con mayor facilidad a los súbditos en paz y fidelidad y se les aleja de rebelión que refrenándolos por la pobreza y los trabajos. Causa maravilla cómo han aprovechado el consejo estos discípulos dóciles al mal. No sólo privaron a los bárbaros de todo lo de oro que llevaban en los brazos, cuellos y orejas y de sus demás deleites, sino que obligaron a ellos, que se contentan con poco, a penetrar, cavadas las montañas, en las entrañas de la tierra en busca de riquezas ocultas. De aquí el origen de los tributos, cargas, penas serviles, minas y demás gravámenes impuestos a los indios en cuya invención es la avaricia mucho más ingeniosa de lo que deseáramos. No contentos con robarles cuanto tenían, obligaban a los desgraciados por la fuerza, la maldad y la tortura a encontrar lo que no tenían y a pagar a sus soberbios señores oro en aquellos lugares donde ni una pajuela se encontraba, de modo que aquellos infelices buscaban escapar a tantos males por la desesperación y una muerte horrenda. Vale la pena conocer cuán graciosamente calmaron algunos bárbaros aquella furiosa sed de oro: vertiéndolo derretido en la boca de los españoles, como hizo Mitridates al prisionero general romano Aquilio. Habiendo obligado a los bárbaros a llamar públicamente con espantosas maldiciones oro al Dios de los cristianos, ¿con qué expiaciones llegarán a librarse de tan grave culpa?

Largo sería examinar cómo han fundado y ejercido su irresistible y tiránica dominación en Indias, poniendo por pretexto propagar el imperio de Cristo. Es ejemplo insigne de su inflexible e incurable avaricia y crueldad que consumidas ó trasladadas a España las riquezas de los montes, ríos, tierras y mares y no quedando a los indios sino sus cuerpos desnudos, empezaron a lucrarse con éstos, y no sólo a usar de ellos como asnos y mulos, sino también a arrebatar como esclavos a aquellos hombres libres, a venderlos y a matarlos porque no querían hacerse cristianos. Y creo que habrían llenado de esclavos las Indias y España si Carlos V no hubiera enfrenado su avaricia, a quien no se obedeció tanto ya que las colonias preferían rebelarse y tomar las armas contra el príncipe con peligro que obedecer con detrimento.

¿Nos admiraremos de que hasta este momento los indios hayan rechazado la fe cristiana? ¿Con qué fruto se espera que puede predicarse a los bárbaros el evangelio por quienes tienen por juego apedrear, atormentar, echar a los perros, pisotear con los caballos y quemar a aquellos desgraciados? Con éstos y tales hechos han provocado en todos los bárbaros tan implacable odio no sólo contra ellos sino también contra el nombre cristiano, que tienen por cierto que los cristianos no son hombres hijos de otros hombres sino ciertas secreciones del mar y monstruos creados y lanzados por las espumas del bárbaro elemento, y prefieren matar por su propia mano a sus hijos para no criar esclavos a sus tiranos.

Algunos, aunque sin perdonar en absoluto a los españoles, los dispensan, sin embargo, atribuyendo la mayor parte de estos males a los pecados de aquellas gentes que Dios quiso que fueran expiados de ese modo. Lo que no negara yo mismo, si peores no hubieran sido sus opresores. Pues, aunque ellos tienen sus vicios y, en verdad, grandes, tienen no obstante cosas que no nos avergonzaríamos de imitar, y ojalá que algo de esta especie tomasen los españoles y no los superaran en desear la gloria y caducas riquezas. Ciertamente, faltándoles otras cosas, por la quietud de la vida, por su aspecto de inocencia, por la benigna hospitalidad con los extranjeros no los juzgo indignos de ser tratados con mayor bondad. Además, no siendo adversos a la religión y las letras, debían ser más atraídos con bienes que alejados con vicios.

Por lo demás, no dudo que estos males les hayan acaecido con permiso divino, sino que Dios (cuyos juicios son profundos e inescrutables sus designios) usa hoy de los españoles no sólo para domar las bestiales gentes del nuevo mundo sino también para castigar la lascivia de Europa, como en otro tiempo humilló por medio de los hunos y godos la Italia, por los sarracenos Galia y España y en época de nuestros padres a los príncipes de Nápoles por las armas francesas. ¿Pero por eso pensarás, ¡oh progenie de los vándalos y de los godos!, que porque, siguiendo las huellas de tus padres, gozas hoy de vientos favorables y cubres la tierra y el mar con tus naves, armas, soldados y caballos, podrás escapar a la mano de Dios? Vendrán sin duda los tiempos en

que España será assolada por guerras, y vosotros, que os habéis enriquecido con los despojos ajenos, seréis entonces despojados; vosotros que no sólo habéis molestado a gentes pacíficas sino que también habéis oprimido a las afligidas, que desde hace tiempo turbáis nuestro continente, beberéis algún día del cáliz de las iras divinas que a otros habéis alargado. Todavía no está extinguida la raza de los moros que durante algunos siglos tuvieron a España ocupada por las armas. No habéis eliminado todavía del todo la raza india, que acecha toda ocasión de rebelarse. Vive aún en Sicilia la progenie de aquéllos que una vez mataron a todos los franceses que abusaban de lo ajeno, a una sola señal y en un solo día. Y si por una fatal pereza no se arma contra vosotros ningún pueblo, vive no obstante en los cielos el Señor que ha acostumbrado reprimir a su tiempo la insania de las naciones y sus soberbias victorias.

Pero para dispensar yo también a los españoles y con más justicia que sus compatriotas, confieso ante todo que no por odio a ellos he tomado la defensa de los indios, y si algo áspero aparece contra ellos, no intento referirlo a aquellos honrados y buenos varones de su nación a quienes abrazo con particular benevolencia, especialmente a aquellos hermanos míos que en España padecen por Cristo muchas asperezas e indignidades, por quienes ruego a Dios ahora y diariamente para que con su admirable piedad los libre de aquel horno babilónico. Por último, aunque reconociendo con facilidad que los españoles han hecho en las Indias cosas insignes, tampoco dudo que han ejecutado muchas cosas vergon-

zosas, ya por larga costumbre, ya enfurecidos por la presión de las circunstancias; y pienso que ellos mismos, si alguna veracidad tienen, no rehusarían oír algo de sus defectos en aquellas historias en que se narran sus cosas como hechos egregios. Las manchas y los lunares se purifican revelándolos, nos corrompemos por las alabanzas.

Por último, así en las personas como en los pueblos hay cierta tendencia del espíritu a determinado trabajo. Esta propensión deben conocerla y regirla acertadamente los hombres, pues que bajo apariencia de virtud degenera muchas veces en vicio. Los españoles, gente nacida para la guerra y abrigando espíritus más levantados que tranquilos, no toleran la paz y odian la pereza. Esto es laudable, pero en tanto que no cuiden de perseguir a los indios y de molestar a los pacíficos; ahora también han acostumbrado volver sus armas de los turcos e indios contra los cristianos. Así, porque añaden este delito a las culpas contraídas en la India y todavía no expiadas, toleren ser aconsejados para que por oportuna penitencia aparten de sus cabezas la ira divina, aprendan a trabajar con sus manos y a cultivar la tierra, y contentos con sus riquezas esperen dentro de las fronteras de España, y por el trabajo del cuerpo y la quietud del alma, más bien una tranquila que cruenta ancianidad. Yo nunca sentiré haber velado no menos por su salud que por su memoria sí, leyendo esto de buena voluntad, vuelven al juicio.

CARTAS

HOTEL ESPLANADE
HAMBURG, 36

Hamburgo, 29-12-29.

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra, rue du Rhône, 39.

Mi querido Luis:

Empiezo por decirte que cumplí contigo mandándote mis dos últimos libros. Te advierto que el Dr. Hurtado y yo hablamos afectuosamente de ti cada noche de nuestra entrevista en el Hotel Bellevue. Me contenta semejante armonía entre ustedes. Te he esperado hasta el 27, día de mi viaje precipitado para Alemania. Debiera decir más bien fuga. Deseo mucho hablar contigo.

Te ruego que conserves el local presente del consulado en la rue du Rhône. Yo estoy dispuesto a ratificar

cualquier diligencia que llesves a cabo con tal objeto, mientras permanezca en Hamburgo. Celébrame un contrato humanitario. Yo estoy a la orden del señor Dunand y puedo escribirle la carta que él me exija, siempre que tú la apruebes.

Me inclino delante de tu señora y acaricio a tus hijos. Espero entrar en la clínica de Mühlens, instituto tropical. Desde allí te escribiré nuevamente.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE.

Hamburgo, 13 de enero de 1930.

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra.

Mi querido Luis:

Ojalá hayas gozado mucho en el nuevo año y lo disfrutes a cabalidad. Yo sufro infinitamente y los insomnios anulan mis facultades mentales.

Paso a un asunto interesante, urgente. El director de la Oficina de Consulados, Álamo Ibarra, me prometió domiciliar mi sueldo en Ginebra y yo ignoro cuál método o formalidad debo observar para coger ese sueldo. Yo lo necesito encarecidamente porque debo pagar mi tratamiento. Hazme el favor de resolverme ese conflicto del modo más fácil. Puedes mandarme la correspondencia al Tropeninstitut de esta ciudad.

Te dije en mi carta anterior que deseaba conservar el alojamiento del consulado y ahora te repito la advertencia.

Recibí una carta muy gentil del señor Zumeta y la contesté inmediatamente.

Cuando me contestes, háblame del Dr. Hurtado Machado. Por él supe que tenías dos niños muy adelantados.

Bien, querido Luis, no olvides mis encargos y mándame con toda confianza.

JOSÉ ANTONIO.

Hamburgo, 6 de febrero de 1930.

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra. Rue du Rhône, 39.

Querido Luis:

El Instituto Tropical me ha dado de alta y declara que la enfermedad intestinal ha sido curada perfectamente. Me ordena pasar a un sanatorio en Merano y desde allí te escribiré en llegando.

Hace varios días que volví a enviarte los 318 francos necesarios para allanar el asunto de la oficina del consulado. Usé una dirección más explícita.

Los desórdenes nerviosos, mi desesperación, no han cesado todavía. Son muy singulares y me desconciertan por completo. Los insomnios siguen siendo horribles.

Si estos fenómenos no desaparecen, habré caído en la desgracia más profunda. Perdería mis facultades mentales.

He recibido una sola mensualidad hasta ahora. Ya no deben pagarme en Hamburgo. Dejo esta ciudad mañana o pasado.

Perdona las molestias que pueda proporcionarte.

Me descubro delante de tu señora y abrazo y beso a los pequeños.

Soy tu afectísimo,

JOSÉ ANTONIO.

Merano.

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra, Rue du Rhône, 39.

Querido Luis:

Aquí me tienes en Merano a tus órdenes. He llegado antier por la vía de Munich y vivo en el sanatorio *Stephanie*. Espero ver cuál camino sigue esta horrible enfermedad. Los médicos de Hamburgo, entre ellos un especialista en las enfermedades nerviosas, me examinaron de pies a cabeza y sólo descubren una debilidad profunda. Lo mismo dice aquí el director del sanatorio.

Yo me siento herido de muerte. Puedo pasar horas continuas en la cama sin hacer movimiento y sin intentar dejarla. Te advierto que el sentimiento de la debilidad no tiene nada de agradable. Yo espero que todo este proceso me conduzca a una consunción, a una tisis.

He descubierto aquí un vestigio de Goethe, la calle de su nombre, y he juntado este hallazgo con el recuerdo de Manuel Díaz Rodríguez, quien me hablaba una vez sobre la composición étnica del Tirol. Muchos eslavos. El poeta alemán debió de residir aquí al dirigirse a Italia. No poseo los medios de verificar esta conjetura. Recuerdo precisamente su estancia en Trento, donde descubrió un solo edificio distinguido: un palacio atribuido al diablo, fabricado por él en una sola noche.

Perdona que mi ausencia se prolongue y advierte al Banco que no estoy en Hamburgo. Yo quisiera pasar aquí un mes por lo menos. Cuento con tu generosidad. Me quedan unos escasos centavos de la primera mensualidad que me mandaste.

Discúlpame con Zumeta y Hurtado Machado. El tratamiento no me permite escribirles. No tengo tiempo.

Me descubro delante de tu señora y abrazo y beso a los niños.

Mándame.

J. A. R. S.

Merano, 24 de febrero de 1930.

Sr. Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra.

Mi querido Luis:

Empiezo por comentar ese desastre de tu salud. Al encontrarnos, me darás lecciones sobre el clima de Ginebra y las enfermedades inherentes.

Escribí al Banco para que te pagara 250 francos al finar este mes. Me hablas de otros gastos, pero no los reduces a cifras.

Yo no he mejorado. Los insomnios me derriban y constituyen hoy toda la enfermedad. Según parece, estoy curado del intestino.

De todos modos, espero pasar el mes de marzo aquí y cuento con tu paciencia. El primero de abril ya hemos celebrado nuestra primera entrevista.

Te agradezco el aviso relativo a la muerte del general José Vicente. Ya le dirigí una carta de pésame al viejo.

Me inclino delante de tu señora y abrazo y beso a los niños.

Soy tu adicto,

JOSÉ ANTONIO.

Merano, 25 de febrero de 1930.

Sr. Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra.

Mi querido Luis:

Estoy inconsolable con tu regreso a América y tu descenso. Yo quiero saber con exactitud el día de tu salida de Ginebra. Debo estar contigo varios días para conversar sobre mil asuntos y sobre la administración de mi consulado. También quiero que me consigas o indiques una pensión decente donde no haya ruido ni frío, porque mis dolencias se exasperan con ambos fenómenos.

Me voy a encontrar muy solo en Suiza cuando te hayas ausentado. Yo poseo el hábito del sufrimiento, pero estoy fatigado de la vida interior del asceta, del

enfermo, del anormal. Leopardi es mi igual. Tú me habrías servido mucho y nuestra amistad es fraternal.

Yo escribiré a Itriago sobre tí diciéndole mil bienes.

Por el momento, nada te encargo para Caracas.

Me inclino delante de tu señora y abrazo y beso a los niños.

Soy tu adicto,

JOSÉ ANTONIO.

Merano, 1 de marzo de 1930.

Sr. Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra.

Grande y querido Luis:

Dime con la mayor anticipación la fecha de tu partida, porque deseo hablar mucho contigo.

Necesito tu dirección exacta.

Consígueme una pensión donde haya buena alimentación y silencio y gente cortés.

No consigo dormir en el sanatorio Stephanie. Sufro horriblemente.

Quisiera conocer a Vahnont. Me dicen que está cerca de Ginebra. No tengo un mapa a la mano. Allí se está bien atendido desde el punto de vista médico.

¿Está Ginebra muy fría?

Tú supondrás cómo estoy con tu viaje. He perdido una persona afín, de alma generosa y tónica.

Adiós, querido Luis.

Mis respetos a tu señora y mis cariños para los pequeños.

J. A. R. S.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

IDEAS DISPERSAS SOBRE FAUSTO: *El Cojo Ilustrado*, núm. 488; Caracas, abril de 1912.

EL POETA DE LA DEMOCRACIA: *El Tiempo*; Caracas, 22 de enero de 1913.

ESTIRPE PROCERA: *El Tiempo*; Caracas, 4 de abril de 1913.

NI EL DERECHO NI LA FUERZA: *El Tiempo*; Caracas, 21 de abril de 1913.

COMENTARIOS A UN CRIMEN: *El Nuevo Diario*; Caracas, 28 de marzo de 1914.

EL CONTRATO DE VENTA: *El Universal*; Caracas, 26 de julio de 1918.

UN SOFISTA: *El Nuevo Diario*; Caracas, 27 de enero de 1926.

GRANIZADA: I: *Elite*; Caracas, 7 de septiembre de 1929.

II: *Elite*; Caracas, 10 de octubre de 1925.

III: *Elite*; Caracas, 5 de enero de 1929. (Publicado con el título de CENCERRO.)

IV: *Elite*; Caracas, 24 de diciembre de 1927. (Publicado con el título de RESUMEN.)

V: *Elite*; Caracas, 7 de julio de 1928. (Publicados con el título de ARGUMENTOS.)

VI: *La Universidad*; Caracas, septiembre de 1927.

RESIDUO: *El Universal*; Caracas, 13 de junio de 1931. (Publicado por José Nucetá Sardi en artículo suyo sobre Ramos Sucre.)

LUIS UHLAND: *Renovación*, núm. 3; Caracas, 20 de mayo de 1916.

TRADUCCIONES:

POEMAS DE UHLAND: *Renovación*, núm. 3; Caracas, 20 de mayo de 1916.

POLÍTICA INDIANA: *El Cojo Ilustrado*, núm. 471; Caracas, agosto de 1911.

CARTAS: en poder de su destinatario, señor don Luis Yépez.

Í N D I C E

	<u>PÁGINAS</u>
Itinerario	7
Ideas dispersas sobre Fausto	13
El poeta de la democracia	18
Estirpe procera	25
Ni el derecho ni la fuerza	33
Comentarios a un crimen	37
El contrato de venta	43
Un sofista	47
Granizada	51
Residuo	65
Luis Uhland	69
Traducciones	73
<i>Del alemán:</i> La serenata	77
» » La vida de los muertos	79
» » El ramillete	81
» » Elegía a un cura de aldea	83
<i>Del latín:</i> Política indiana	85
Cartas	101
Fuentes hemerográficas	117

LOS AIRES DEL PRESAGIO

OBRA DE JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE, SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 15 DE JULIO
DE 1960. ESTA EDICIÓN CONSTA DE 1.000
EJEMPLARES.